

Oriol Xirinachs

¿QUIÉN ERES  
Y ADÓNDE VAS,  
SER HUMANO  
MODERNO?

EMAÚS 171



**CPL**  
col·lecció

*La colección Emaús ofrece libros de lectura asequible para ayudar a vivir el camino cristiano en el momento actual.*

*Por eso lleva el nombre de aquella aldea hacia la que se dirigían dos discípulos desesperanzados cuando se encontraron con Jesús, que se puso a caminar junto a ellos, y les hizo entender y vivir la novedad de su Evangelio.*



Oriol Xirinachs

**¿Quién eres y  
adónde vas,  
ser humano  
moderno?**

Colección Emaús 171  
Centre de Pastoral Litúrgica

Diseño de la cubierta: Maria Guarch

Fotografía de la cubierta: Fondo fotográfico del CPL

© Edita: CENTRE DE PASTORAL LITÚRGICA  
Diputació 231 – 08007 Barcelona  
Tel. (+34) 933 022 235  
cpl@cpl.es – www.cpl.es

Primera edición: marzo 2022

ISBN: 978-84-9165-502-2  
Depósito legal: B 4464-2022

Printed in UE

Imprime: Podiprint



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Prólogo.....	7
Justificación.....	11
1. El ser humano actual, bajo unas apariencias de personalidad fuerte, vive un profundo vacío interior.....	15
2. El ser humano vive y se siente inseguro, amenazado por muchos miedos.....	21
3. A pesar de tantas posibilidades y ofertas, el ser humano vive insatisfecho.....	27
4. El ser humano no acepta los grandes relatos y vive de fragmentos.....	31
5. El ser humano actual lo quiere todo ya.....	35
6. Para el ser humano, la verdad es aquella con la que se siente bien y le place.....	39
7. El ser humano se infravalora, no se ama ni se siente amado.....	43
8. El ser humano idolatra la novedad por la novedad.....	47
9. Al ser humano le faltan puntos seguros de referencia o valores sólidos.....	51
10. El ser humano se mueve por la fachada y la estética.....	55

11. El ser humano vive más la superficialidad que la hondura.....	59
12. El ser humano no tiene un pensamiento organizado, sino un sincretismo inconexo .....	63
13. El ser humano vive el fatalismo de la realidad, que no puede controlar, y no cree en las utopías.....	67
14. El ser humano no se preocupa ni se pregunta por lo trascendente .....	71
15. El Ser humano absolutiza la autonomía personal, rechazando cualquier dependencia.....	75
16. El ser humano estigmatiza y oculta la presencia de la muerte .....	79
17. El ser humano vive la libertad como un absoluto, olvidando todo compromiso y responsabilidad.....	83
18. El ser humano es psicológicamente débil, incapaz de superar las contrariedades y el fracaso .....	87
19. El ser humano rinde un extraordinario culto a la salud y al cuerpo.....	91
20. El ser humano vive hiperconectado, pero con poca relación.....	95
21. El ser humano vive en una provisionalidad institucionalizada.....	99

Este libro que tienes en las manos es muy adecuado y necesario. Su autor, el amigo Oriol, transparenta en él una gran experiencia de vida, de persona mayor que tiene un análisis fino y bien explicado, muy notable. Tiene interés por expresar un conjunto de realidades, de transmitir un pensamiento y una voluntad de llevar el Evangelio a este mundo nuestro y a las personas tal como viven la vida.

Es admirable la capacidad de relacionar las situaciones humanas con los textos del Evangelio y la Biblia –como también se observa en su otro libro, *Devolvámosles su auténtico sabor*– que denotan muchos estudios de evangelio realizados y una gran profundidad y conocimiento de la Biblia. La iluminación evangélica de lo que viven hoy las personas, sobre todo en el Norte Occidental, es también muy adecuada y necesaria, sobre todo para todas aquellas personas que han optado por hacer del Evangelio de Jesús su orientación de vida, especialmente en una perspectiva liberadora. Pero también puede ser muy útil para todas aquellas personas de otras tradiciones religiosas, incluso agnósticas o ateas, que valoran y miran de comprender y respetar el papel positivo de toda creencia religiosa o espiritual en la construcción de una sociedad más justa, igualitaria, libre, liberada y en paz, haciendo de los

más vulnerables los sujetos protagonistas. El cristianismo de cariz liberador, como es el que se vislumbra en el libro, es uno, entre otros, de los faros, estímulos, motores y espíritus que ofrecen sentido y energía a la construcción de este horizonte que podríamos resumir en «a cada uno según sus necesidades» (Hch 2,44-45: «Los creyentes vivían todos unidos y tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno»: versión anticipada y experimentada del «comunismo verdadero»).

El análisis que hace el autor de diferentes aspectos de la vida moderna actual, bien detallado, es acertado e incisivo, a menudo con una ironía fina y buen humor, perspicaz; y detecta muy bien diferentes elementos de la situación de las personas y de la sociedad. Además, se nota que está muy documentado gracias a varias lecturas de sociólogos, filósofos, teólogos y otros analistas.

Los capítulos bien acertados (con los subtítulos muy bien logrados y con humor popular) están muy bien explicados, con ejemplos y frases aclaradoras e ilustrativas, vividas, que toda persona puede entender perfectamente, ya que, si no lo ha vivido directamente, sí indirectamente.

Hoy día y aquí, hay búsquedas, espiritualidades (antiguas de las sabidurías religiosas y espirituales y humanistas de la humanidad, o nuevas) diversas que la gente busca y encuentra para llenar los vacíos que vive. Hay proyectos sociopolíticos, movimientos so-

ciales, utopías, experiencias locales y gérmenes de humanidad nueva...

Estamos en un tiempo de transición (energética, ecológica, económica, laboral, tecnológica, política, demográfica, sanitaria, cultural, educativa, científica, religiosa, espiritual, ética...), y no todas las personas «modernas» están en el mismo punto de transición no caminan al mismo ritmo. Es decir, no todo el mundo está en el mismo punto de las tendencias que el libro destaca, ya que son vividas diferentemente, según personas, género, edad, etnia, clase social, familia, educación recibida, lugares de vivir...

Algunas personas están aún en lo que podríamos llamar época de «cristiandad» o querrían volver a ella: fundamentalistas, extrema derecha, integristas...

Otras están totalmente adaptadas y de acuerdo con la modernidad individualista, racionalista y científica y tecnológica, de progreso, consumo, competitiva... y lo defienden.

Otras se sitúan más allá de la modernidad (ultra modernidad, llamada por algunos como postmodernidad), más individualistas aún y que valoran más el mundo de las emociones, la estética, la espiritualidad...

Otras querrían ir hacia otro tipo de sociedad más solidaria, más cooperativista, más humana, más justa en una cultura que podríamos denominar: hacia una «cultura de la paz, la solidaridad, la liberación y la fraternidad...».

Otras no saben dónde están: perplejos o están en el vacío ético, cultural y espiritual, o buscan y prueban diferentes ofertas...

Para todo este gran abanico de tipos de personas ante la «modernidad», el libro les puede ser interesante y útil para un autoanálisis, para tomar conciencia de dónde se ubican, de lo que les ocurre, de los que les influencia y condiciona, y para discernir cómo, dónde y en qué han de actuar para liberarse de miedos, prejuicios, esquemas mentales demasiado rígidos y de normas y leyes exteriores o autoimpuestas.

Joaquim Cervera Durán

A veces se ha dicho, con razón o sin ella, que la teología responde a preguntas que el ser humano no se ha hecho nunca. Pero lo que sí debe ser cierto es que, si los libros de espiritualidad aún tienen salida y dan respuestas, es porque las dan a aquellos lectores que ya tienen más o menos resueltas las cuestiones fundamentales y quieren ahondaren ellas. Los lectores de estos libros son los cristianos inquietos que buscan ayuda para conocer y vivir más profundamente el Evangelio. Propósito encomiable, ciertamente. Pero un problema o realidad actual es que quizá el ser humano de hoy, el ser humano moderno, ya ni se hace estas preguntas. O en todo caso no espera respuesta del Evangelio, sino que las busca en otras fuentes, como pueden ser la ciencia o la filosofía, espiritualidades orientales, laicas, el *mindfulness*...

Ahora bien, el ser humano, por el mero hecho de serlo, él mismo ya es una pregunta que puede intentar ignorar, o puede buscar la respuesta en las fuentes que hemos citado, o puede mantenerla abierta, con toda la angustia que esto le conlleva. Por su misma naturaleza, su dimensión relacional y espiritual, los elementos y acontecimientos del entorno en que se mueve, son unas realidades a las que ha de dar res-

puesta inexorablemente y de manera vital: no las puede evadir o aplazar.

Son respuestas vitales, que afectan a su manera de entender y de vivir la vida. Respuestas, como he dicho, que se hace por el hecho de ser un ser humano, no cualquier ser humano abstracto o general, sino la persona de hoy, actual, con unos rasgos específicos que le caracterizan y que he ido recogiendo de diferentes artículos y estudios sociológicos y analíticos del comportamiento humano que se repiten y coinciden. Se trata, si es necesario aclararlo, de unos rasgos o tendencias generales presentes en el ambiente, pero que están en él en grados y formas muy diferentes en cada persona o grupo social y, por tanto, aún encontramos el pueblo sano que no está tan influenciado.

Conviene aclarar que nos centramos en unos rasgos que podríamos calificar más bien de negativos y ceñidos a nuestro primer mundo. Por eso damos por supuesto que ya en este mundo y en esta época podemos encontrar otros rasgos indudablemente positivos que ya hay quien nos los recuerdan.

Estas preguntas las tiene que responder la Pastoral, si quiere anunciar el evangelio como Buena Noticia. Aunque el Evangelio no sea un recetario de respuestas mágicas, sí que puede ayudar a mirar con profundidad esta realidad, puede iluminar abriendo caminos de maduración y crecimiento. Como cristianos, estoy convencido de que, sin afán proselitista, pero viviendo con autenticidad este Evangelio, podemos dar nuestra respuesta. «Dispuestos siempre para dar explicación a

todo el que os pida una razón de vuestra esperanza» (1Pe 3,15), y así poder iluminar a la «pobre persona moderna» que vive a oscuras, aunque: «El Verbo era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre, viniendo al mundo. En el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de él, y el mundo no lo conoció» (Jn 1,9-10).

En estas reflexiones intento dar una mirada mínimamente analítica a esta realidad-pregunta que es la persona actual, y aportar una primera pista evangélica para iluminarlas como una invitación a pastoralistas y teólogos a ahondarlas desde su saber.

Para acabar quiero agradecer las aportaciones y sugerencias de Mercè Solé, Assumpta Sesma, de una manera especial a Joaquim Cervera, que ha aceptado ofrecernos su introducción y encuadre a la temática que tratamos aquí.



# 1. EL SER HUMANO ACTUAL, BAJO UNAS APARIENCIAS DE PERSONALIDAD FUERTE, VIVE UN PROFUNDO VACÍO INTERIOR



## **No pedir peras al olmo**

Las apariencias engañan, decimos. Esto es cierto en el caso de lo que parece y es en realidad el ser humano moderno. Bajo la apariencia de un ser seguro de sí mismo, que se ha de comer el mundo, de una personalidad única, fuerte y madura, superactiva, la realidad nos dice que este ser vive un profundo sentimiento de vacío interior. Vive entregado hacia afuera, porque en su interior no encuentra nada que le dé consistencia e identidad. No encuentra objetivos, motivaciones, ideas, criterios o valores de una cierta solidez. Hay más inercia que iniciativa, más distraerse que contemplar, más evasión que interioridad, más imagen que palabra, más cháchara que diálogo, más flojera que nervio, más frivolidad que cultura... Todo esto lleva a un sentimiento de tedio, aburrimiento, desinterés y a una vida, en definitiva, que se tolera, se vive como se puede, y se «va tirando».

Un vacío que se pretende llenar con toda clase de frivolidades, como las que podemos encontrar dando una ojeada a las ofertas que encontramos en las revistas de cualquier quiosco: deportes, dietas, modas, famosos, tecnologías, ocio, viajes, videojuegos. Pero

todo esto va creando individuos sin identidad, un ser humano que, a la hora de la verdad, no sabe responder a la pregunta fundamental: «¿Quién soy yo?», y que pasa por la vida sin dejar huella.

Es muy significativo que, para referirnos a una persona que se distingue por su protagonismo o relevancia en algún campo, por su obra o por el lugar en el que las circunstancias le han colocado, digamos que es una «personalidad». ¿No somos todos los humanos los que estamos llamados a tener personalidad? Pero esta, como dice el papa Francisco: «No es un dato que viene dado, un número de fábrica o una información que pueda buscar en internet para saber quién soy... Ni tampoco somos algo totalmente definido, establecido», al contrario, es algo que hay que construir, escogiendo qué queremos que sea nuestra persona, nuestra identidad, aquello que nos hace únicos y que nos llena. Aquel antiguo catecismo holandés también nos decía: «Todos nacemos absolutamente originales y acabamos siendo una mera copia». Yo añadiría que nacemos «llenos de vida», como solemos decir cuando vemos una criatura que se mueve, que juega, que busca... Vemos que, con el tiempo, Internet, la sociedad de consumo o las redes nos van haciendo «mera copia», pasivos, indolentes... ¡vacíos! No sé si podría aproximarse el término coloquial de «pasota» o bien la actitud de vida, tan habitual hoy, del «ir tirando» que decíamos más arriba.

Seguramente, va por aquí la acusación del profeta al pueblo de Israel cuando se refiere a él como: «Una doble maldad ha cometido mi pueblo: me abandonaron

a mí, fuente de agua viva, y se cavaron aljibes, aljibes agrietados que no retienen agua» (Jr 2,13), o bien cuando lo ve todo inconsistente: «Examiné todas las acciones que se realizan bajo el sol y comprendí que todo es vanidad y caza de viento» (Qoh 1,14); o san Pablo cuando habla de aquellos que son «sacudidos por las olas y llevados a la deriva por todo viento de doctrina, en la falacia de los hombres, que con astucia conduce al error» (Ef 4,14).

Por suerte, este vacío reclama ser llenado: ni lo podemos silenciar, ni lo podemos satisfacer con cualquier cosa. Hay un deseo adormecido y una necesidad de construir nuestra personalidad, de conocer quiénes somos y desplegar toda la riqueza y originalidad que llevamos como semilla que hay que cultivar y hacer crecer. Necesitamos encontrar nuestro lugar único en la marcha y construcción de la sociedad humana que nos toca vivir, y experimentar el gozo de nuestra aportación. En el fondo, necesitamos dejar nuestra huella en la marcha de la historia, para no pasar por ella «sin pena ni gloria». Todo esto solo es posible desde una vida plena, rica, consistente, trabajada y asumida con responsabilidad. No se trata de cantidad, sino de calidad. Tenemos ejemplos de ello: la madre que ha criado a una familia o la maestra que ha marcado a una generación.

Quizá san Agustín nos da el diagnóstico y nos señala el camino de solución cuando expresa su experiencia de antes de la conversión: «Tú estabas dentro de mí y yo fuera; yo te buscaba por fuera y me lanzaba desconcertado en busca de las cosas bellas que creaste. Tú

estabas en mí, pero yo no estaba contigo y vivía sin ti, sordo y ciego».

Dios, desde siempre, había llenado de su Espíritu de Vida el interior del corazón humano: «El Señor Dios modeló al hombre del polvo del suelo e insufló en su nariz aliento de vida; y el hombre se convirtió en ser vivo» (Gn 2,7). Estas dos dimensiones del ser humano –carne y espíritu– en san Pablo equivalen a vacío o lleno cuando lo concreta: «Así está escrito: el primer hombre, Adán, se convirtió en ser viviente. El último Adán, en espíritu vivificante, (1Cor 15,45). El primero es aquel que tiene el corazón como aquel aljibe agrietado, ya que bebe de aquella agua del «quiosco» que no puede retener ni apaga la sed. El último Adán, el vivificante, es aquel que bebe del agua que Jesús hace manar dentro del corazón: «El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna» (Jn 4,13-14). El vivificante está «programado» y movido desde su interior: «Pondré mi ley en su interior y la escribiré en sus corazones; yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo» (Jr 31,33) y desde aquí es creador de vida, de objetivos, de liberación, de dignificación...

Por tanto, vivir una vida plena es un don y participación de aquel que es la vida plena, Jesús: «En él quiso Dios que residiera toda la plenitud» (Col 1,19). Y efectivamente: «De su plenitud todos hemos recibido gracia tras gracia» (Jn 1,16), en abundancia: «Yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante»

(Jn 10,10). Efectivamente: «Siempre seréis ricos para toda largueza» (2Cor 9,11). Una plenitud, por tanto, que solo se experimenta en la medida en que se da con la misma abundancia y generosidad con que ha sido recibida: «Pues bien, un escriba que se ha hecho discípulo del reino de los cielos es como un padre de familia que va sacando de su tesoro lo nuevo y lo antiguo» (Mt 13,52). Con frecuencia hemos visto y hemos experimentado cómo esta plenitud es tanto más abundante y gratificante cuanto más grande es la causa en la que nos comprometemos, como dice Pere Casaldàliga: «Yo soy yo y mis causas, y mis causas valen más que mi vida».

Es un hecho suficientemente conocido y nada excepcional aquella persona que, a causa de vivir una vida vacía de sentido, según él, decide ir a vivir un tiempo en un país donde poder atender algún colectivo empobrecido, una gran causa, y allí descubre toda la riqueza interior que tenía adormecida y desconocida, y aquella experiencia cambia su vida.